



Un día en la vida de un sierrista

Cellia Vásquez
Equipo Técnico

Junio de 2021

Implementan



Apoyan



Introducción

Dentro del componente de gestión de conocimiento del proyecto Unión Natural, tenemos el objetivo de dar a conocer los oficios comunitarios esenciales en el manejo forestal sostenible y resaltar los conocimientos ancestrales que dan cuenta de las acciones encaminadas al aprovechamiento de los recursos del bosque en los territorios colectivos de comunidades negras.

Para este estudio de caso, un miembro del equipo técnico se puso en los zapatos del sierrista para entender cómo se hace esta actividad, quiénes están involucrados, cuáles son las rutinas y dinámicas, así como los rituales a la hora de realizar este trabajo.

Al tratarse de un escrito etnográfico, el relato de esta experiencia se entreteje con la voz del sierrista, respetando las palabras, expresiones y forma de hablar propia de las comunidades negras del río Atrato.

Aprovechamiento forestal en el Pacífico colombiano

El aprovechamiento forestal en el Pacífico ha sido realizado tradicionalmente por las comunidades étnicas, las cuales, a punta de hacha y posteriormente motosierra, han venido aprovechando los árboles, único ingreso para muchas de las familias. Partiendo de la idea que se tiene de que el sierrista es un enemigo del bosque, en el marco del Manejo Forestal Sostenible (MFS), el proyecto Unión Natural es clave para vincularlos a procesos de conservación y aprovechamiento sostenible del recurso. Esto con el fin de mejorar la técnica de la corta y sus condiciones de seguridad, minimizar los riesgos laborales, disminuir el impacto y tener mejores rendimientos durante el aprovechamiento.



► Perfil del sierrista

El sierrista es la persona que maneja la motosierra, tumba los árboles y los convierte en bloques rectangulares de madera. Con frecuencia, es también el dueño de los equipos. Puede estar a cargo del aprovechamiento, hacer parte de una cuadrilla o ser contratado para prestar este servicio por días.

Los sierristas siempre son hombres. Se caracterizan por tener gran fuerza física, desarrollada gracias al manejo de la motosierra y de la madera. Por lo general, se encuentran entre los 25 y 55 años. Por tratarse de un trabajo pesado que acarrea un desgaste físico significativo, con el paso del tiempo los sierristas suelen padecer dolores musculares y articulares. Adicionalmente, son conocedores y observadores de las fases lunares, las estaciones y el estado de tiempo, ya que la calidad de la madera se ve influenciada por estos factores. Finalmente, suelen ser excelentes matemáticos, con gran memoria y agilidad para realizar cuentas mentalmente. Estas habilidades son indispensables para calcular las dimensiones de los bloques que van a extraer del árbol caído, determinar la utilidad y adelantar procesos de negociación y comercialización de la madera, ya que existen diversas unidades de medida, maderas y precios.

Todo sierrista inicia como ayudante, hasta que adquiere suficiente destreza y experiencia para realizar la actividad por su propia cuenta. En un principio, se encarga de alistar la motosierra y asegurarse de que tenga gasolina. Además, ayuda a mover y acomodar el árbol caído, trazar las líneas por donde se van a realizar los cortes, remover el aserrín que se va acumulando y, a veces, hasta cargar la madera. Con el tiempo, empieza a manipular la motosierra para labores más sencillas, como remover árboles delgados de la zona de trabajo y los caminos.



▶ Aquí empieza la experiencia

Lunes, 18 de noviembre de 2019

Consejo Comunitario Local (CCL) de Vuelta Cortada

Me desperté temprano, como de costumbre. Son las cinco de la mañana en el CCL de Vuelta Cortada y aún está oscuro. Por entre las varetas de madera que forman la ventana del restaurante escolar donde estoy alojada, se puede entrever la luz de velas proveniente de la cocina al aire libre, creada por las mujeres de la comunidad para preparar los alimentos de la cuadrilla de inventario forestal. El desayuno es atún guisado y para el almuerzo están empacando portacomidas con arroz, pasta, jamoneta y queso. Alrededor se escuchan algunas voces de compañeros que van y vienen de bañarse en el río.

Vuelta Cortada es un consejo comunitario local perteneciente a Cocomacia, en jurisdicción del municipio de Vigía del Fuerte, Antioquia. Esta pequeña comunidad, de aproximadamente 30 familias, está ubicada a orillas del río Murri y recibe su nombre por un cambio en el curso de este afluente, que tuvo lugar años atrás y a raíz del cual “cortó” una vuelta para fluir en sentido más recto.

Luego del desayuno me despido de la cuadrilla de inventario forestal, hoy no los estaré acompañando. He decidido unirme a varios miembros de la comunidad que están cortando árboles maderables en un bosque cercano. En este grupo se encuentra Liborio Moreno, un hombre de 40 años nacido en Vuelta Cortada, líder comunitario.



Me siento bajo un árbol de almirajó¹ que está en el centro del pueblo a esperar a que Liborio y los demás compañeros estén listos. Entre tanto, Bonifacio, otro miembro de la comunidad, pasa y me regala un aguacate maduro. Al rato, me bajo a la orilla del río para observar a un grupo de mujeres que están arreglando el pescado que compramos para la cena. De repente, Liborio me llama desde la orilla, río abajo, donde está el bote listo para llevarnos al sitio de trabajo.

Nos embarcamos seis personas: Fermín, un aserrador de Vuelta Cortada; Ezequiel, que también apoya labores con la motosierra; “Cotica”, un arriero de Urrao que lleva 12 años en el Atrato; Freiser, un joven carguero y ayudante del arriero; Liborio y finalmente yo. Fermín, además de la motosierra, lleva su escopeta. El bote va cargado con combustible y bultos de alimento para las mulas.

Nos dirigimos río abajo hasta un punto sobre la orilla sur del río Murri, conocido como Guapacha por la quebrada que allí se encuentra, y nos desembarcamos. En el sector hay varias pilas de chanú² en bloque³ y algunas tablas. Mientras esperamos a que los arrieros enjalmen las mulas, Ezequiel se acerca y me pregunta sobre el aprovechamiento que hará la empresa con la cual yo trabajo. Le cuento que Fondo Acción y ONFA son organizaciones sin ánimo de lucro dedicadas al aprovechamiento de la maderera, con un gran conocimiento forestal. Nuestra misión es acompañar a las comunidades para mejorar la forma en que vienen desarrollando esta labor de manera que obtengan mayores ganancias.

Tan pronto están listas las mulas, nos montamos e iniciamos el recorrido hasta el sitio de aprovechamiento. En total van siete mulas amarradas: Gavilán, Pielroja, Mancha, Jaramillo, Algarrobo, Negrita y Caramelo. El camino está lleno de barro rojizo a raíz de las frecuentes lluvias de los últimos días. En algunos puntos, hay tablones para facilitar el paso. Asimismo, cruzamos dos puentes sobre quebradas, elaborados con bancos de chanú capaces de soportar sin problema el peso de las mulas y sus jinetes. Las mulas, generalmente, evitan el fango y se trepan por el borde del camino. En un punto, encontramos un palo caído que dificulta el paso; rápidamente, Ezequiel se desmonta y lo troza con la motosierra.

El equipo se divide a medida que nos acercamos al área de aprovechamiento. El primero en quedarse es Fermín, quien toma otro camino para dirigirse a su zona de trabajo. Luego se queda Ezequiel. En total, el recorrido tarda alrededor de 40 minutos hasta

1 Árbol que produce un fruto ovalado comestible. Su nombre científico es *Patinoa almirajo*.

2 Árbol de madera fina, cuyo millar tiene un precio actual de aproximadamente un millón de pesos en el mercado local. Su nombre científico es *Humiriastrum procerum*.

3 Trozo rectangular de madera que ha sido predimensionado con la motosierra. También se le llama banco.

llegar al punto más adentro de la montaña⁴, donde hay varios bloques de chanú aserrados por Liborio y listos para ser transportados hasta la orilla. Allí nos bajamos de las mulas.

Cotica y su joven ayudante las desatan y empiezan a bajar los bloques del lugar donde están apilados. Para cargar las mulas, colocan dos bancos en el piso en posición paralela, dejando un espacio para que el animal pueda ubicarse en medio de ambos. Primero, elevan un bloque y lo atan a la enjalma con una cabuya. Con el machete hacen una muesca en el trozo de madera para que la soga encaje y el palo no se deslice durante el trayecto, ya que una punta queda arrastrando sobre el suelo. Este trabajo debe hacerse entre dos personas, pues mientras una sostiene el bloque sobre su hombro, la otra lo amarra. El procedimiento se repite al lado opuesto. En varias ocasiones, deben tapar los ojos de la mula con una tela, o esta no permanecerá quieta ni se dejará cargar. Si los palos son más delgados de lo habitual, se pueden juntar dos en un mismo lado, procurando que haya equilibrio entre ambos lados de la carga.

Existen distintas unidades para medir la madera en la zona, las principales son la rastra y el millar. La primera se emplea para volúmenes pequeños y se calcula a partir del área que tenga el extremo o la punta del banco. Idealmente, esta debe medir 10" x 4", esto es 40 pulgadas cuadradas. Cuando se trata de choibá o chanú, la rastra equivale a 80 pulgadas cuadradas, es decir, dos bancos de 40 pulgadas y con una longitud que oscila entre 3 y 3,20 m. Por su parte, el millar equivale a 30 bancos, 15 rastras o 1.200 pulgadas cuadradas.

Una vez cargadas, las mulas se dirigen de regreso a la orilla con la guía del arriero; cada una lleva, en promedio, una rastra. Este recorrido tarda alrededor de una hora y media, de manera que los arrieros logran hacer dos viajes en el día: entran montados en las mulas y salen a pie con los animales cargados. Esto quiere decir que las siete mulas cargan poco menos de un millar en el día. El valor del transporte se cobra por bloque que, en este caso, se ha negociado en \$7.500 cada uno, eso significa que la sacada de 28 bloques desde donde nos encontramos hasta el río Murri está costando \$210.000.

Luego de partir los arrieros y las mulas, nos dirigimos con Liborio hasta otro punto donde él estuvo aserrando semanas atrás. Durante el recorrido, me va contando cómo se inicia un trámite de aprovechamiento comunitario de la madera y los pasos a seguir.

Lo primero es encontrar una zona con potencial maderable, es decir, donde haya presencia de especies con alto valor comercial; actualmente, las más apetecidas son el choibá⁵ y el chanú. Asimismo, se deben identificar las vías para sacar la madera del

4 Término con el cual las comunidades negras del Atrato denominan a un área de bosque denso, independientemente de que el terreno sea escarpado o no.

5 Árbol de madera fina, cuyo millar tiene un precio actual de aproximadamente 1'200.000 pesos en el mercado local. Su nombre científico es *Dipteryx oleifera*.



monte con los medios de transporte disponibles. En ocasiones, los árboles están en zonas lejanas e inaccesibles, por lo cual la extracción se hace imposible o acarrearía costos demasiado elevados.

Seguidamente, se solicita el permiso a la comunidad correspondiente. Este permiso incluye la obligación de pagar al consejo comunitario \$2.500 por cada banco extraído. Existen casos en los cuales no están claros los linderos en la zona de aprovechamiento, siendo necesario hablar con las autoridades de los distintos consejos involucrados, quienes, internamente, deben definir quién otorgará el permiso y la forma en que se distribuirán los recursos recibidos.

También puede suceder que otra persona de la comunidad cuente con un permiso de aprovechamiento. En nuestro caso, este permiso lo tiene Fermín. Estas zonas de trabajo suelen ser respetadas por los demás aserradores, como lo explica Liborio:

“Las personas que trabajamos madera, siempre respetamos la zona donde una persona está aserrando. Es decir, en esta zona, quien tiene el permiso es Fermín. Él me dice: “Yo conozco una madera allá, pero está muy leja. Si usted se le mide, yo se la muestro”. Entonces él me la mostró. Estuvimos caminando y vimos que sí se puede sacar de donde está. Como él tiene el permiso y me cedió parte de ese permiso a mí, entonces yo tengo que entregarle los recursos a él o llevarlos a la junta del consejo comunitario y decirle: “Estos recursos son por la explotación que ha hecho Fermín en dicho lugar”.

El siguiente paso es abrir los caminos por donde se sacará la madera. Inicialmente, un trochero⁶ corta la vegetación más delgada con un machete. Luego, se despunta el camino con una motosierra, lo cual implica remover los árboles grandes que dificultan el paso de las mulas con su respectiva carga, así como las puntas que podrían lastimar sus cascos. Algunos de estos árboles se utilizan para dar mayor firmeza al suelo en las áreas pantanosas y evitar que las mulas se entierren. El camino tiene aproximadamente 2,5 m de ancho.

La apertura de las trochas más pequeñas, desde donde se encuentran los árboles seleccionados hasta llegar al camino principal, suele hacerse de manera simultánea con la tala, ya que el sonido de la motosierra sirve de guía para ir en la dirección correcta. Así lo explica Liborio:

“Él tiene que tirar el camino con el sonido de la máquina, porque como no conoce el bosque puede que se pierda, es decir, que los palos estén para ese lado y él tire el camino para acá. Entonces, la idea es tirarlo con

6 Persona encargada de abrir un camino o trocha, generalmente con machete.

la máquina, para que no tenga que andar tanta trocha adivinando. Con el ruido de la máquina se va tirando hasta que llega exactamente hasta donde están los bloques.”

Hemos llegado con Liborio a un pequeño claro en el bosque, un sitio de aprovechamiento ya abandonado. El suelo está cubierto por grandes cantidades de aserrín. Alrededor se ven algunos troncos de chanú y choibá. Uno de ellos, me cuenta Liborio, arrojó 36 bancos, un poco más de un millar mientras que otro arrojó 40. Sin embargo, también observamos las enormes porciones de estos árboles que permanecen en el monte porque no sirven para producir bloques. Los segmentos sobrantes de tronco y ramas pueden medir siete metros de longitud o más. De igual manera, hay dos árboles de aceitillo y algarrobo que fueron tumbados por el chanú durante su caída.

Con dolor, Liborio me cuenta sobre el grave impacto que se está generando en el bosque, pues reconoce que las funciones desempeñadas por cada espécimen vivo son valiosas no solo para el ecosistema, sino para el bienestar de la misma comunidad. Durante varios años, él fue parte del área de Territorio y Autonomía de Cocomacia, donde aprendió sobre el valor no monetario de los bosques, por ejemplo, la captura de carbono. Sin embargo, también admite que se vio obligado a desempeñar nuevamente el oficio de sierrista⁷ luego de culminar su contrato, pues no es fácil encontrar otras actividades en la zona que le permitan gozar de cierta estabilidad financiera.

Pese a lo anterior, y a diferencia de la mayoría de los aserradores, Liborio procura dentro de sus posibilidades implementar medidas con el ánimo de minimizar su huella, aunque esto requiera mayores esfuerzos, así como contradecir la lógica de otros compañeros de trabajo. Una de estas acciones es reducir el número de árboles que son talados durante la apertura de los caminos:

“El día que el muchacho estaba limpiando, cuando llegamos ahí a despuntar, ellos me dicen: “Esos dos árboles hay que quitarlos”; uno es un guasco y el otro es un nuánamo sangregallo. Entonces yo les digo: “Esos árboles no se pueden quitar porque las mulas pasan por ahí sin problema”. Ellos dicen que la mula se enreda, pero no es así. Yo puedo pararme al costado y si veo que la mula se va a enredar ahí, le empujo el palo y garantizo que el palo esté allí. No lo quito porque ya quité el de allá”.

Otro esfuerzo consiste en intentar comercializar la mayor parte del árbol posible sacando bloques más pequeños. Esto a veces implica tener que cargarlos a hombro, dado que el precio de estos en el mercado es menor y no justifica pagar el transporte en mula hasta la orilla.

7 Persona que trabaja con una motosierra.

Mientras recorremos el sitio, Liborio me señala distintas especies y sus particularidades. El matapalo, por ejemplo, es un bejuco que envuelve el tronco de los árboles y los va apretando hasta que mueren; de allí su nombre. El corobá negro, también llamado canelo, es un árbol con un aroma fuerte y agradable, similar al de un perfume. El costillo, otra especie de árbol, se utilizaba en el pasado para labrar el cabo de las hachas.

Luego de pasar por varios troncos de choibá, observo que todos tienen un espacio ahuecado en su interior. Liborio me explica que no se trata de individuos defectuosos, sino que es una particularidad de la especie y le llaman la “media agua”:

“Por ahí es donde permanece el agua para su sustento. Cuando tú lo cortas se le viene un chorro de agua inmenso. A eso le dicen “media agua” porque por ahí es que él maneja el agua. Y es agua medicinal. El agua del choibá sirve para el azúcar.”

En medio de nuestra conversación recorremos cuatro áreas de aprovechamiento diferentes hasta llegar a un choibacillo que se encuentra en pie. Liborio me lleva allí para que pueda conocer un espécimen vivo. Esta variedad es más pequeña que el choibá. El choibacillo más grande que ha llegado a cortar le produjo 40 bancos, mientras que el choibá puede arrojar alrededor de 150. Estos últimos son tan gruesos que la espada de la motosierra no los logra atravesar.

También anota que sus compañeros lo cuestionan por no haber talado este choibacillo cuando se encontraba aserrando allí cerca. Liborio enfatiza que no es necesario por el momento:

“Hay que dejarlo ahí. El día que tenga un aprieto bien verraco, que la matrícula de los pelaos esté en peligro, entonces digo: “Allá me puedo levantar unos 800.000 pesos” y voy y lo saco. Y ahí tengo una reserva”.

La postura de Liborio es distinta a la de muchos sierristas, pues si bien necesita suplir necesidades en el presente, también procura conservar recursos que puedan servir a futuro, ya sea a él o a las futuras generaciones:

“Hay mucha gente que corta los árboles por cortarlos, porque le estorba digamos pa’ su día de trabajo. En cambio, yo lo veo más allá. Por ejemplo, uno de los aserradores que yo tengo me decía: “El hijo mío, ¿cuándo va a venir acá por un árbol?!” a lo que yo le respondía: “No, es que usted no puede pensar en su hijo”. Yo quiero que los hijos míos todos estudien y que ninguno tenga que hacer lo que yo hago, pero yo cuido el bosque porque sé que habrá otros que no van a tener la oportunidad de estudiar. Él va a tener la necesidad de venir hasta acá, buscando un árbol que lo ayude a solucionar, por el momento, un problema económico. O puede ser que

uno de los hijos míos estudie y también tenga un negocio de madera, una compraventa, ¡qué sé yo! Entonces siempre trato de tener el menor impacto posible en el bosque”.

Esta forma de pensar se la atribuye a su tiempo de trabajo en Cocomacia, lo que le permitió aprender sobre el valor natural del bosque, más allá del aspecto netamente comercial. Asimismo, asegura que, a la par del aprovechamiento forestal que realiza, también se esfuerza por sensibilizar a sus compañeros:

“Entonces mi tarea, además de aprovechar el bosque, es enseñarle a los que trabajan conmigo de qué manera se debe aprovechar el bosque, tratando de generar el menor impacto posible”.

Seguimos caminando y finalmente llegamos al punto donde Liborio había dejado su motosierra, modelo Stihl 660, junto con el aceite y combustible; está cubierta con un plástico negro, asegurado con un palo para evitar que el viento se lo lleve. En el suelo hay un árbol que llaman mojado, del cual estaba aserrando varetas de 2x3 para reparar su casa en Vuelta Cortada. Liborio se alista para reanudar su trabajo y me pide servirle de ayudante.

Empezamos por organizar la tuca⁸ que se va a aserrar. Nos cercioramos de que esté bien acomodada sobre los bolillos⁹, para que la motosierra pueda atravesar el palo con facilidad y sin rozar el suelo. A medida que se remueve la corteza de un lado, debemos girar la tuca para continuar con el otro costado. En algunos momentos, Liborio realiza los cortes a cálculo. En otros, saca su metro para definir la medida a usar. Una vez mide, le hace una muesca al palo usando el machete en los puntos deseados y trazamos la línea.

Para el trazado se utiliza un dispositivo elaborado artesanalmente. En un tarro de aceite para motor, se echan pilas viejas y luego agua. Esta mezcla produce un líquido negro y graso. Dentro del frasco se inserta una cabuya, dejando por fuera ambos extremos. El cuerpo de la pita se sostiene en el fondo del tarro, donde está el líquido, gracias a una horqueta que se introduce boca abajo. En cada punta de la pita se amarra un palito para evitar que esta se salga del frasco. Al momento de hacer la marcación, se jala una punta de la pita hasta que el otro extremo queda contra la boca del frasco; de esta manera, toda la cuerda pasa por el fondo del tarro, quedando impregnada del líquido negro.

8 Porción cilíndrica del tronco de un árbol.

9 Palos que se colocan debajo de un trozo del árbol antes de aserrarlo para mantenerlo elevado y evitar que la cadena de la motosierra toque el suelo, se llene de residuos y pierda su filo.



Liborio se ubica en un extremo de la tuca y yo en el otro. Ambos presionamos la cuerda fuertemente contra las muescas. Sin soltar su extremo de la pita, la levanta del centro y luego la deja caer con fuerza, dejando una impronta de tinta negra sobre la madera. Esta acción se asemeja a pulsar la cuerda de una guitarra.

Seguidamente, procede a aserrar. Liborio descarga la motosierra con suavidad sobre la línea trazada y avanza hacia el frente realizando un corte superficial. Al llegar al extremo del palo, hunde por completo la espada y se devuelve por la misma línea. Cada corte genera una gran cantidad de aserrín que, como ayudante, debo ir removiendo. Para ello estoy utilizando un palito delgado que partí de una rama y con este voy despejando la superficie del palo para que Liborio pueda ver las líneas por donde debe realizar el corte.

Pasados unos 15 minutos se acaba el combustible y la motosierra se apaga. Liborio llena el tanque de la máquina con gasolina y liga¹⁰, un aceite color azul marca Stihl, que, a pesar de ser más costoso, resulta de mejor calidad y menos contaminante.

Al terminar de aserrar la primera tuca, pasamos a otra, siempre buscando que sus dimensiones permitan obtener las varetas con las medidas deseadas, tanto de largo como de grosor. Para esto es necesario “buscarle el lado” al trozo de madera.

Una vez completada la cantidad de palos que Liborio necesita para su casa, nos dirigimos a otro punto donde él había visto un árbol de lirio que desea tumbar. En el camino nos encontramos con Fermín, a quien le pide permiso para cortarlo. La respuesta afirmativa de Fermín contiene cierto grado de sorpresa: “¿A cómo es el lirio por acá?!”, dando a entender que es una especie muy abundante en la zona, por lo que la pregunta parece sobrar.

Nos dirigimos hasta la base del lirio con el fin de analizar la dirección más apropiada para orientar su caída. Lo primero que observa Liborio es que el tronco del lirio está abrazando a una palma de milpesos. Inevitablemente, al tumbar el lirio, la palma se partirá, sin embargo, en su caída puede golpear al sierrista. Por este motivo, Liborio decide empezar por cortar la palma.

Luego procede a identificar las especies que se encuentran alrededor. A la izquierda hay un guamo rosario, a la derecha un guasco abarco, por lo cual elige direccionar la caída del lirio hacia el frente de manera que no afecte a los dos árboles mencionados.

“Los palos normales¹¹ siempre tienen tres caídas”, me explica Liborio. Esta depende de la inclinación natural del árbol, así como de los puntos específicos donde se realizan los

10 Se refiere al aceite que se agrega a la gasolina para utilizar como combustible en determinados tipos de motores.

11 Se exceptúan los casos en los que el árbol está demasiado inclinado en determinada dirección.

cortes en el tronco. Mientras avanza con su explicación teórica, realiza un primer corte de forma triangular en la base del lirio, a unos 50 cm arriba del suelo; este corte, denominado la boca, tiene aproximadamente 30 cm de amplitud y se realiza en la dirección que debe caer el árbol: “Si lo quiero tirar para el lado izquierdo, entonces tengo que abrirle la boca un poco hacia la izquierda”.

Liborio apaga la motosierra para continuar la explicación. Al lado opuesto de la boca hace otro corte, un poco más arriba que el primero. A este corte se le llama el desnuque porque es el encargado de originar la caída. Cuando el árbol está recto, la boca debe ser más grande y el desnuque puede ser un corte triangular; si por el contrario está bastante inclinado, el desnuque resulta ser tan solo una leve incisión con la motosierra, tras la cual el árbol se parte y cae:

“Hay que mirar qué proporción de inclinación tiene el árbol porque si está recto él se va a aguantar un poco más, pero si está muy aladeado, al sacarle un poquito de bocado acá, él se tira por el peso de arriba. Y termina que apenas le buscas poner la sierra acá, inicia a rajarse, pa, pa, pa, pa, por el peso”.

Tan pronto termina de hablar, me indica que debo retirarme a una distancia de aproximadamente 15 m en dirección contraria a la inclinación del árbol. Enseguida, prende de nuevo la motosierra y la coloca en el tronco del lirio para el desnuque. A los pocos segundos se escucha el crepitar de la madera y el lirio se va inclinando hasta caer al suelo, dejando un espacio abierto entre la copa de los árboles que permite mayor entrada de luz. Según Liborio, el momento de la caída es de los más riesgosos: “Puede ser que el árbol se tapee¹² y tú estés en el frente y el pedazo se venga hacia acá”.

Tras verificar que no haya otros árboles en la zona que representen peligro, regreso hasta el lugar. Del espacio justo debajo de la corteza fluye en abundancia un líquido blanco y ligeramente espeso que gotea hasta el suelo, es la renombrada leche¹³ de lirio, una sustancia muy valorada por las comunidades a raíz de las propiedades medicinales que se le atribuyen. Liborio me comenta que la leche de lirio sirve para curar la gastritis. De su morral saca una cuchara metálica, recoge un poco del líquido y me da a probar. No tiene un sabor específico. Me recuerda al hidróxido de magnesio que algunas personas consumen para combatir la acidez estomacal. También deja una sensación pegajosa en los labios.

Posteriormente, Liborio corta varios segmentos de la palma de milpesos para usar como bolillos. Entre los dos, los ubicamos debajo del tronco del lirio, en posición

12 Partir o rajar.

13 Líquido o exudado que produce la corteza de ciertas plantas al sufrir un corte, por ejemplo, el plátano o el caucho.

perpendicular. Seguidamente, realiza dos cortes en el cuerpo del árbol para obtener una tuca de aproximadamente 3 m de longitud. Al finalizar el segundo corte, la tuca cae al suelo. Con varas o macanas extraídas de un árbol delgado, centramos el trozo de lirio sobre los bolillos. Esta labor requiere bastante destreza y fuerza dado el peso de la tuca.

Antes de remover la corteza, Liborio saca su metro y empieza a medir el grueso¹⁴ con el fin de calcular el número de bloques que podrá obtener, así como sus respectivas dimensiones. Estos tamaños deben considerar tanto los requerimientos comerciales de los compradores de madera como la capacidad de carga de las mulas. Una vez finaliza los cálculos, procede a descortezar el trozo de madera y luego aserrar algunos bloques.

Para este momento, ya son cerca de las 4:00 p.m. y se acerca un aguacero. Liborio interrumpe su labor y me advierte que es hora de regresar para no mojarnos y evitar que nos coja la noche en el monte. Ubicamos la motosierra en un lugar que no se empan-tane, la cubrimos con el plástico negro y cuñamos los extremos con unos palos para impedir que el viento la destape. Allí mismo ubicamos los recipientes que contienen la gasolina y el aceite.

Enseguida emprendemos el regreso hasta la orilla por un atajo en el bosque, manteniendo un ritmo apresurado y constante. En algún punto del recorrido le recuerdo a Liborio que no hemos almorzado y que vamos a llegar a casa con las portacomidas intactas. Me responde diciendo: “Nosotros llevamos muy mala vida”, puesto que con frecuencia se les olvida almorzar. Sin embargo, dada mi apreciación, saca la vasija con su almuerzo y se va llevando cucharadas de arroz a la boca mientras descendemos con paso veloz por una loma. Yo intento hacer lo mismo, pero no logro comer y mantener el ritmo, al estar también esquivando ramas y otros obstáculos en el suelo, así que mejor me dedico exclusivamente a caminar.

Al finalizar el descenso, llegamos a la quebrada Guapacha. Mientras la atravesamos, Liborio enjuaga su portacomidas y cuchara en el agua cristalina. De allí, iniciamos el ascenso por otra loma y continuamos el recorrido.

Pasados unos 15 minutos, nos encontramos con el camino principal. En este punto, ya ha empezado a llover y el suelo está más fangoso que al momento de ingresar. Liborio corta dos hojas anchas y me pasa una para que me cubra la cabeza. Este tramo es el más complejo, pues a raíz de tanto lodo, es difícil saber dónde pisar sin quedar enterrada hasta la rodilla. Si bien hay tablas ubicadas en las partes más blandas, están cubiertas por el barro rojizo, siendo imposible identificarlas rápidamente si no se conoce bien el camino. Mi mejor estrategia es observar atentamente el lugar donde Liborio coloca su pie y seguir sus pasos. De este modo, logro mantener el ritmo.

14 Diámetro.

Estando a unos 20 minutos de la orilla, tomamos otro atajo. Esta trocha nos lleva por una zona donde el suelo tiene más material vegetal, lo cual nos facilita avanzar. Sin embargo, también hay numerosos árboles caídos que se deben saltar. Nos encontramos nuevamente con el camino faltando unos 50 m para llegar a la orilla. Allí están nuestros compañeros terminando de organizar las mulas para soltarlas en el corral. En total, hemos caminado cerca de una hora.

Reposamos allí unos minutos mientras el resto del equipo finaliza sus tareas y luego nos embarcamos. Llegamos a Vuelta Cortada cerca de las 6:00 p.m., justo a tiempo para bañar en el río con los últimos rayos de luz solar y luego cenar bocachico frito con plátano cocido.



Algunas consideraciones sobre esta experiencia

El día de trabajo con Liborio me dejó emociones encontradas. De una parte, siento profunda admiración por quienes se dedican a este oficio. Es una labor que demanda, además de gran fuerza física, una serie de destrezas para orientarse en el bosque, así como la permanente realización de cálculos físicos y matemáticos. Asimismo, es preciso enfatizar el alto nivel de riesgo que enfrentan constantemente los sierristas, pues no solo hay peligro al momento de la tumba, sino que algunas ramas y árboles afectados pueden caer horas e incluso días después.

De otra parte, es desconcertante evidenciar que los sistemas de aprovechamiento y comercialización de la zona se encuentran muy lejos de compensar el esfuerzo y desgaste de quienes realizan el aprovechamiento forestal, así como el impacto generado en el bosque. En este sentido, lo primero que me impresionó fue dimensionar la cantidad de madera desperdiciada, pues en el monte quedan abandonadas significativas porciones del árbol cortado, al igual que los demás especímenes afectados por su caída. Lo segundo fue conocer en detalle los precios de venta y las innumerables maniobras que deben realizar los sierristas para lograr algún margen de utilidad, siendo quienes asumen los costos de la extracción.

Sin embargo, también es esperanzador comprobar que es posible lograr importantes grados de sensibilización desde los procesos adelantados por distintas organizaciones y proyectos. Durante toda la jornada fue recurrente el sinsabor de Liborio al verse, de alguna manera, obligado a retornar a este oficio y desarrollarlo al margen de estrategias sostenibles, pues es consciente del impacto socioambiental que se genera. Asimismo, pude evidenciar su compromiso con mitigar este impacto a través de las medidas que están a su alcance. Frente a esto último, debo reconocer que, al desarrollar un trabajo tan pesado, se requiere gran convicción y fuerza de voluntad para realizar estos esfuerzos adicionales (empujar un palo para que la mula pase, cargar un bloque a hombro), mientras enfrenta la crítica de sus compañeros de trabajo.

Finalmente, esta experiencia me ha permitido comprender el alto nivel de interés y expectativa que manifiestan muchas personas de las comunidades, al tiempo que confirmar la pertinencia de un proyecto como Unión Natural. Con él se promueve el manejo forestal sostenible con un enfoque integral, orientado al mejoramiento de la calidad de vida de las poblaciones en el Atrato Medio; en el cual un punto clave va a ser el diseño acertado de estrategias de comercialización que se constituyan en una alternativa digna para quienes dependen de la actividad forestal.

Árboles, palmas y bejucos que protagonizan esta historia¹⁵

Aceitillo (*Symphonia globulifera*)

Es un árbol de tierras cálidas que puede alcanzar hasta 30 m de altura. Produce racimos de flores rosadas o rojas al final de las ramas y de su corteza se puede obtener un látex amarillo. La madera es usada como material de construcción y en carpintería. En la medicina tradicional es utilizado como analgésico, abortivo y para tratar problemas pulmonares, estomacales y del corazón. La resina se utiliza para combatir enfermedades venéreas y cutáneas producidas por parásitos.

Aguacate (*Persea americana*)

Esta planta leñosa, originaria de México y Guatemala, crece tanto en climas secos como húmedos, adaptándose a diversos tipos de suelos. Posee un tronco recto de corteza lisa y puede alcanzar hasta diez o más metros de altura. Su principal característica es el fruto, con un alto contenido en aceite, apetecido para exportación hacia diversos países, entre ellos Estados Unidos.

Algarrobo (*Hymenaea courbaril*)

Es un árbol grande y robusto, que alcanza hasta 40 metros de altura y 1,5 metros de diámetro. Su copa es redonda y muy densa, de color verde claro y brillante. Las hojas forman una figura parecida a la pezuña de un vaca. Tiene frutos en forma de vaina, con pulpa harinosa, dulce y comestible de color amarillo. De la corteza sale una resina pegajosa anaranjada de la cual se puede elaborar goma de mascar. La madera se utiliza en construcción, ebanistería, artesanías y como leña.

Almirajó (*Patinoa almirajo*)

El almirajó es una especie endémica del Chocó. El árbol alcanza hasta 20 metros de altura y produce un fruto grande y ovalado, similar al cacao pero sin estrías, que en su interior contiene una pulpa amarilla, polvosa y de sabor agri dulce. Es considerado un cultivo de pan coger, aprovechado por las comunidades negras e indígenas del departamento.

15 Información compilada con apoyo del equipo técnico del proyecto Unión Natural y a partir de conversaciones con personas de las comunidades locales, Wikipedia Enciclopedia Libre y www.biovirtual.unal.edu.co/nombrescomunes.

Chanú o chanó (*Humiriastrum procerum*)

Es una especie que crece en suelos no inundados y alcanza hasta 40 metros de altura, por lo cual sobresale en el bosque y es fácil de avistar. La corteza externa es de color café rojizo y posee una corteza interna de sabor amargo. Es sumamente apetecido por su madera fina, pesada y durable, apta para construcciones a la intemperie, así como en elaboración de viviendas y artículos de ebanistería.

Choibá (*Dipteryx oleífera*)

Éste árbol crece en zonas bajas hasta los 1000 m.s.n.m. y puede alcanzar 50 metros de altura. También se le conoce como almendro, ya que produce frutos alargados con una sola semilla, que sirven de alimento a una gran variedad de animales de monte y con potencial valor nutritivo para humanos; de ésta también se puede extraer aceite para fabricar jabones. Es una especie apetecida por su madera supremamente fina, cuya sobreexplotación la ha llevado a que la especie sea categorizada como vulnerable. Existe una variedad más pequeña a la cual se le llama choibacillo.

Corobá negro o canelo (*Aniba puchury-minor*)

Es un árbol de tierras cálidas, templadas y frías, que alcanza los 30 metros de altura. Tiene hojas aromáticas, flores amarillas y produce frutos carnosos color verde-amarillento. La madera presenta un aroma agradable como a canela, asemejándose al aroma de lociones masculinas.

Costillo (*Aspidosperma megalocarpon*)

Este árbol, de tierras cálidas y húmedas, puede alcanzar 25 metros de altura. Su corteza produce un látex blanco que se oxida rápidamente. Tiene hojas alargadas, de color verde grisáceo por debajo, así como racimos de numerosas florecitas amarillentas. Sus frutos son circulares y aplanados, que se abren en dos tapas para liberar muchas semillas aladas. Las comunidades han usado su madera para elaborar cabos de hacha y camas.

Guamo rosario (*Inga nobilis*)

Es un árbol de tierras cálidas, templadas y frías, de hasta 20 metros de alto. Produce flores blancas, de aspecto plumoso, y frutos en forma de vainas aplanadas de hasta 15 cm de largo con varias semillas negras y brillantes envueltas en una pulpa blanca, algodonosa y dulce.

Lirio (*Couma macrocarpa*)

Este árbol puede crecer hasta 20 metros de altura. Produce racimos de muchas flores tubulares, rosadas y aromáticas. Tiene frutos amarillos con pulpa abundante y

comestible que contienen una sola semilla grande y sirven de alimento a monos. Se caracteriza por la leche blanca que brota al rayarse su corteza. Ésta ha sido utilizada para combatir trastornos digestivos y enfermedades de la piel, así como para impermeabilizar canoas. Su madera es apetecida para la fabricación de muebles.

Matapalo (*Ficus cf. schumacheri*)

Es un bejuco que crece sobre los árboles, algunas veces envolviéndolos hasta estrangularlos. De allí su nombre.

Milpesos (*Oenocarpus bataua*)

Es una palma alta, de bosques cálidos y húmedos, con hojas enormes y erguidas. Produce racimos de frutos negros ovalados, que al ser amasados en agua tibia producen una especie de leche achocolatada y ligeramente grasa de alto valor nutritivo; anteriormente, también se empleaban para obtener aceite de cocina. La costumbre de tumbar la palma para cosechar los frutos redujo severamente el número de individuos en algunas zonas. El tronco y las hojas se pueden utilizar en la construcción de viviendas, así como para elaborar trampas para la pesca y cacería.

Nuánamo sangregallo (*Virola elongata*)

Este árbol de corteza lisa y color marrón y gris, produce una resina que se vuelve roja al entrar en contacto con el aire; de allí el nombre “sangregallo”. Esta sustancia se ha empleado en la medicina tradicional para tratar enfermedades en la piel causadas por hongos. Con la corteza macerada se prepara una infusión para aliviar el dolor de estómago. La madera es usada localmente en la elaboración de pisos de viviendas, al ser durable y tener una veta bonita.





Más información:

Ivonne Caicedo

Coordinadora del proyecto y gestión de
conocimiento Manejo Forestal Sostenible en el
Pacífico – Unión Natural

Correo electrónico: icaicedo@fondoaccion.org